

"Yo creo en el hombre"

# EDUARDO GALEANO

**O**BIENES son los nosotros del título?

—Los uruguayos. La novela parte de la situación que el Uruguay está viviendo como país grenado por la crisis, pero se proyecta con intenciones más universales, al margen de sus referencias locales.

—Pero la novela se refiere a episodios, hechos, que concretamente se desarrollan en Uruguay...

—No se menciona ninguna calle por su nombre, ninguna esquina, ningún café. Pero hay una atmósfera que es nuestra. Y, sobre todo, una tensión y un ritmo que son la tensión y el ritmo de nuestro país en desintegración.

—¿A dónde apunta la novela?

—Lo que busca es mostrar la estructura de opresión, la máquina de picar carne humana en todos los niveles posibles.

—Tortura, desinformación, desempleo...

—Eso es, las formas visibles de opresión y las que son, tal vez, menos reales. Aquellas que actúan e inciden en la vida cotidiana de la gente. La novela busca apresar todas las formas de la asfixia, todos los modos de funcionamiento de esta máquina opresiva, que por un lado tortura y mata y por otro niega el pan de cada día a los uruguayos.

—Esta situación es común a muchos países latinoamericanos, ¿cuál sería el elemento que permitiría reconocer cabalmente a Uruguay?

—El más importante es la situación que continuamente flota, desde el principio hasta el fin, de que vamos perdiendo nuestras raíces. Que el país fue vaciado de jóvenes y de destino y que eso provoca, en cada uno de nosotros, una crisis de identidad.

—¿Cómo se manifiesta esto en el libro?

—Los personajes se preguntan permanentemente sobre lo que son o sobre lo que podrían ser. Buscan una razón de vida. Personal y nacional.

—Usted dice que el país fue vaciado de jóvenes, ¿por qué de jóvenes, especialmente?

—Porque el sistema siente asco por los jóvenes, porque el sistema odia y rechaza todo lo que sea un signo de vida. El régimen capitalista en América Latina pacta con la muerte cotidianamente. No sólo cuando mata a un hombre físicamente, sino también cuando le mata todas las libertades posibles que han nacido con él, dentro de él. Hay un engranaje de asfixia, de mutilación cotidiana del hombre a través de innumerables formas de alienación. La novela intenta mostrar cómo eso funciona. Y cómo el amor, la amistad, la fraternidad, la solidaridad son valores más fuertes que esa máquina

*El premio novela de Casa de las Américas fue adjudicado este año a dos escritores del Río de la Plata: Haroldo Conti, argentino, y Eduardo Galeano, uruguayo.*

*Eduardo Galeano, de treinta y cuatro años, se inició a los catorce como dibujante gráfico. Fue notero, luego diagramador, y a los veintidós años, secretario de redacción del más importante semanario latinoamericano: Marcha, publicación uruguaya considerada de fundamental influencia en la formación político-social de una generación a la que llegó a llamarse "generación de Marcha".*

*Su primera incursión en la literatura se produjo hace quince años, con Los días siguientes, una novela de la que reniega. "Es pésima, es pésima", ha dicho alguna vez. Publicó luego cuentos, trabajos periodísticos y ensayos, en su mayoría referidos a temas latinoamericanos. Su más resonante éxito (el libro alcanzó nueve ediciones en tres años), lo debe a Las venas abiertas de América Latina, libro que lo reveló como un ensayista excepcional, un verdadero renovador de las técnicas del ensayo.*

*Su último libro publicado, difícil de ubicar como novela o cuento, se llamó Vagabundo; el que viene de ganar en Cuba La canción de nosotros.*

de destruir. Cómo finalmente sobreviven a todo.

—Sin embargo, en un reportaje que recientemente le hicieron en Río, dijo que el libro era un «canto desesperado».

—Desesperado, pero con esperanza. Creo que su final es muy afirmativo.

—Sí, escribir un libro que volcara hacia sectores de opinión más amplios que los habituales ideas y hechos ya recogidos por libros anteriores, pero que habían sido escritos en código, el código cerrado que rige la economía política, la historia, la sociología. Al escribir *Las venas...* busqué poner una



Eduardo Galeano: «El sistema siente asco por los jóvenes, odia y rechaza todo lo que sea un signo de vida».

pero, por supuesto, a través de una desgarradura interior muy profunda.

—Usted consideró que toda esta situación que acaba de describirme no podía expresarla a través del ensayo...

—El ensayo permite formas de aproximación a la realidad que pueden ser muy útiles por la proyección que son capaces de alcanzar... siempre que sea posible convertir ciertas ideas y hechos en palabras atractivas.

—Esa era su idea al escribir *Las venas abiertas de América Latina*.

técnica narrativa al servicio de la difusión de determinada concepción de la historia de América Latina. Para eso era necesario convertir la historia del despojo en un cuento de aventuras o de piratas. Lo que quise fue hacer un manual de divulgación útil para generaciones nuevas.

—¿Cree que su experiencia como periodista tuvo alguna influencia en su formación como escritor?

—Tuvo mucha influencia.

—¿En qué sentido?

—En el de la comunicación con la calle en primer término. El periodismo obliga al escritor a olvidar su propio ombligo, por más que éste lo sumerja en éxtasis, y mirar los ombligos de los demás. El periodismo es la mejor escuela para alguien que quiere escribir.

—Alguna vez le he oído decir que el periodismo influyó en usted en el sentido del lenguaje. Creo, sin embargo, que como periodista siempre ha navegado por los canales de la literatura.

—Yo creo que mi lenguaje es directo, tenso, de comunicación inmediata con el lector... no sé, usted puede sentir.

—Pienso que de alguna manera confirma lo que digo su actitud al escribir; escribe muy lentamente y corrige bastante, trabaja mucho lo que hace.

—Es verdad, soy lento para escribir y casi un obsesivo de la corrección, pero el resultado es sencillo. Sencillo y directo.

—¿Su obsesión por corregir cree que corresponde a un afán perfeccionista?

—No, la literatura es para mí una persecución. Febril, loca, de palabras que puedan transmitir de algún modo la pulsación, el ritmo, el sonido, la fiebre de cosas que uno siente muy hondo y quiere que otros sientan con uno. Es la persecución de esas palabras que están siempre escapándose y a las que es necesario darles caza. A veces uno las encuentra y las atrapa, a veces no. Y siempre se tiene la sensación de que hay una palabra final que uno entrevió y no apareció.

—Cazar la palabra, entonces...

—Sí, pero no sólo eso. La palabra cuando se la caza está vestida. Y hay que desvestirla, porque viene a menudo cubierta de ropajes inútiles. Sobre todo aquí, en América Latina, donde cultivamos una literatura retórica, llena de formas vacías. La palabra debe recuperar su dignidad. Volver al primer día de su existencia, reencontrar la electricidad que tuvo y perdió con el manoseo.

—Me decía que el libro es en definitiva afirmativo, esperanzado. En qué basa ese sentimiento final de éxito. Pienso en el final que habría imaginado Onetti para un libro de esta especie.

—El cree que el hombre es una mierda ahora y va a serlo en el dos mil también. Que no hay ningún cambio político o social que pueda hacer del hombre otra cosa. Está condenado al egoísmo, a la sordidez, a la soledad. De cualquier manera, va a morir, no tiene salvación. Yo creo que el hombre es recuperable. El centro de las cosas, una invención fantástica. Y eso, por supuesto, está allí, en mi libro. ■

MARIA ESTHER GILIO.